

# Historiar Latinoamérica

José Javier Coz\*

Pasada la transición a la democracia, o más bien la democratización (revestimiento democrático) de las dictaduras militares en América Latina, surge la pregunta de dónde quedó la historia clandestina al margen de la historia oficial y la oculta a su interior. Más que proceder con métodos revisionistas es necesario consultar la memoria colectiva, la testimonial, con todo y su partidismo. Un caso latinoamericano cualquiera basta para preguntar el para qué de la historia. Una rectificación histórica parecería un simple hacer justicia que connota esa última necesidad de tomar venganza.

¿Cuál será el destino de todo lo que se ha escrito sobre dictaduras, asesinatos y desaparecidos políticos, masacres e injusticias? Dada la coyuntura neoliberal, ¿se le desacreditará al igual que al marxismo?

Si el concepto de Latinoamérica no refiere a una entidad cultural, no tiene sentido agrupar, más allá de propósitos económicos, tantos conjuntos geopolíticos que se disputan mercados y territorios por medio de la amenaza militar. Para construir una identidad latinoamericana, más que asistir a cumbres continentales, se debe recuperar la historia, no la que obliga en las escuelas el sector oficial, sino la que omite y quizás ya olvidada la memoria testimonial. Pero, otra vez, ¿para qué historiar?

El repentino fin de la guerra fría y la colonización transnacional de las repúblicas soviéticas son muestra de que la historia es impredecible. El historicismo fracasó en su intento por cientificar la historia, esto es, formular leyes y modelos para predecir, controlar y modificar el curso de la historia.<sup>1</sup>

Por otro lado, ¿quiénes escriben actualmente la historia?, ¿los periodistas? Desde el cronista de Tingüindín hasta el corresponsal de ECO en Bagdad supuestamente contribuyen a escribirla. Pero si la microhistoria<sup>2</sup> (la única historia) de Tingüindín es interrumpida por el ejército para aplacar una revuelta campesina o por un proyecto turístico de dimensiones internacionales, los medios de comunicación y demás instancias mediadoras finalmente deciden la historia de Tingüindín. Y si sucedió algo grave cuya difusión no pudo evitarse, la Paramount Pictures lo torna tema de película.

Tom Wolfe decía que los argumentos narrativos literarios estaban siendo superados por la realidad que construía la prensa.<sup>3</sup> Sin embargo, la única historia de Vietnam que se conocerá cuando mueran todos los testimonios será la proyectada en el cine. En 1991 se estrenó la versión informativa "Tormenta del desierto", la cual, más que hacer de la guerra un espectáculo, divulgó una versión espectacular y la revistió de reali-

dad histórica. Con el tiempo, quizás sea la única versión de una guerra cuyas fuentes de información eran tan parciales que la hacen ficticia. En "Tormenta del desierto", uno de los mecanismos que más dota de credibilidad al "hecho" es la simultaneidad del relato, mientras que los mecanismos sofisticados de acceso y censura mantienen incorregible la versión.

Las creencias de que la irreversibilidad de un pasado determina el presente y de que el presente no necesita del pasado sino en relación con el porvenir, han pasado a la historia. En este sentido, se hace necesaria la lectura de Chesneaux -una lectura sin prejuicios antimarxistas- que critica a los historiadores en su situación de "expertos privilegiados del pasado".<sup>4</sup> Pasando revista, Yerushalmi dice que en el siglo XIX el historiador llegó a creerse restaurador del pasado total.<sup>5</sup> Se sentía, además de autor, actor de la historia. Su paralela aspiración a la objetividad científica lo desprendió del objeto inmediato hasta convertir a la historia en una disciplina independiente, casi en un género de ficción que aparta al histo-

\* Personal académico de la Biblioteca "Dr. Jorge Villalobos Padilla" del ITESO.

